
El filicidio: tema que horroriza

Teresita de Barbieri, Elsa Malvido y Antonieta Torres Arias

En enero de 1984, al finalizar una de las juntas semanales de la Dirección Colectiva de la revista *fem.*, Angeles Mastretta, Tununa Mercado y yo nos quedamos platicando, impresionadas ante las noticias aparecidas en la prensa de esos días sobre varias mujeres jóvenes que habían matado a sus hijos. Las tres llegamos a la conclusión de que el problema exigía ser tratado con seriedad y desde varias perspectivas. Me responsabilicé del proyecto y convoqué a una mesa redonda. No pudieron asistir ni una filósofa ni una abogada que habían sido invitadas. Silvia Catalá y Aída Reboredo, —que tampoco pudieron concurrir— nos hicieron llegar un perfil de las mujeres encarceladas en el Reclusorio de Mujeres en 1982 acusadas por el delito de filicidio. En consecuencia, la mesa redonda se convirtió en una plática a tres bandas entre Antonieta Torres Arias, psicoanalista, Elsa Malvido, historiadora y yo que preguntaba guión en mano. Esta mesa redonda fue publicada;¹ en la versión que ahora publicamos la intervención de Antonieta Torres Arias ha sufrido leves modificaciones a cargo de ella misma. Las otras dos intervenciones aparecen tal cual. Teresita de Barbieri.

Teresita De Barbieri. Las hemos convocado para hablar sobre el filicidio, la muerte de los niños por sus madres, que desde hace tiempo preocupa a ciertos sectores de la opinión pública y en particular a las feministas. En el perfil de la mujer filicida que nos han hecho llegar Silvia Catalá y Aída Reboredo —quienes no han podido asistir hoy— hay un no despreciable 25 por ciento de mujeres acusadas de filicidio provenientes de los sectores medios y altos.

¹Revista *Interamericana de Sociología*, año 1, núm. 3, segunda época, sept.-dic., 1987, pp. 237-250.

Elsa Malvido. Si, es cierto, pero hay que tomar en consideración que las mujeres de los sectores medios y altos tienen otros recursos para esconder el delito y evitar el peso de la ley. Por otra parte, yo veo que estos datos son urbanos. Para tener una comprensión más cabal del problema habría que ver qué pasa en el campo.

Teresita de Barbieri. De acuerdo. No disponemos de información del medio rural, pero los casos que han sido denunciados en la prensa son urbanos, y más concretamente de la ciudad de México. Podríamos centrarnos entonces en el fenómeno del filicidio urbano.

Antonieta Torres Arias. Me parece importante esta aclaración. Por mi parte, aquí me referiré en general a las mujeres o a la pareja parental autoras del filicidio. Si pensamos en el nivel de la teoría psicoanalítica, el filicidio no ha sido suficientemente tratado. Existe una literatura abundante respecto del parricidio, pero por la práctica clínica y la criminología estadística sabemos que el deseo de matar al padre es secundario y raramente actuado y sólo existe en la fantasía del sujeto. Por el contrario, el filicidio es lo habitual o inicial, actuado en forma grave o atenuada, real o simbólica: desatención al niño, negligencia, ausencia, descuido, impaciencia, maltrato, etcétera. Nacimientos precedidos por una sintomatología de los padres abiertamente neurótica o aún más grave, como sería la psicosis.

De Barbieri. El filicidio, real o simbólico, ¿sería mayor de los padres hacia los hijos o de las madres hacia los hijos?

Torres Arias. En nuestra cultura el hombre no se hace cargo de la crianza del hijo; sale a trabajar, a divertirse, se emborracha, o simplemente abandona a la mujer. Podemos pensar la maternidad como un lugar de desplazamiento y condensación de una serie de fenómenos sociales, psíquicos, biológicos, complejos. Desplazamiento, porque se ponen ahí una serie de conflictos, expectativas, deseos, anhelos, sentimientos. Y se condensan en ese punto: la sexualidad, la relación de pareja, la situación social. Es un momento muy crítico. La maternidad es esa situación con que carga la mujer, y por lo representacional, carga sola. A mí me parece muy interesante lo que señalan Silvia y Aída de que las mujeres cometen el crimen la mayor parte de las veces en compañía del hombre, y no solas. Aquí sí se incluye al hombre, pero a otro nivel.

El análisis de la interacción niño-madre no puede separarse de la relación de la pareja: el hombre golpea a la mujer y la mujer golpea al hijo. Tenemos que pensar en ese medio relacional en el cual evoluciona una pareja y no pensar sólo en una madre omnipotente y única responsable de la evolución del medio ambiente psíquico que recibe al recién nacido. Si bien es cierto que la madre tiene una función capital para que ese *infans* llegue a una maduración psíquica y biológica más o menos adecuada, la organización del campo infantil dependerá esencialmente de dos factores: del discurso y del deseo de la pareja parental.

Malvido. Cada quién (golpea) al que tiene más cerca y al más débil. Yo también querría recalcar este dato que me parece interesante: la mujer comete el asesinato con la aceptación del hombre. Porque en la época colonial y en el siglo XIX la mayoría de las mujeres que recurren al filicidio son solteras. Es decir, mujeres sobre las que pesa mucho más la sociedad no obstante que tienen características similares a las del documento del siglo XX: son muy jóvenes (de edades de 25 años la mayoría), no tienen ninguna educación, son domésticas o sirvientas; hay una viuda, una amancebada y siete solteras en las estadísticas de esos años. Pero las casadas no recurren a este método. Es otra moralidad.

De Barbieri. ¿Cuán nuevo es el problema en la historia?

Malvido. Según la información de que dispongo, el filicidio aparece en México a partir de la época colonial con la monogamia. En la época prehispánica existe en ciertos grupos el sacrificio de los niños, pero es una respuesta ritual que tiene que ver con la cosmovisión general. Es decir, no podemos hacer una generalización del comportamiento de las sociedades porque la cultura era distinta. También es interesante ver que no ha sido un tema de particular interés de los historiadores, porque yo planteo que estas grandes vergüenzas de la humanidad, en su mayoría no están consignadas en documentos. Habría que rastrear en otro tipo de documentos de los utilizados habitualmente, por ejemplo en archivos penales y en las casas de expósitos, donde podríamos correlacionar información sobre esto. Verlo como uno más de los síntomas de la patología biosocial de la época y no aislado sino en relación con otros fenómenos y procesos sociales. La colonia no es algo estático, puesto que abarca tres siglos; es un inmenso territorio y tiene tiempos distintos en su interior. Por lo tanto no hay que verla como una unidad cultural. Lo que sí hay que entender es que todos los indígenas sufrieron en

un momento determinado la imposición del sistema de la monogamia como la forma única de relación legal entre los sexos, con el resultado de la marginalidad social de la mujer. Los hijos nacidos fuera del matrimonio, es decir, fuera del uso particular del cuerpo que le da esta legislación —el cuerpo está sometido a partir de ese momento únicamente a la reproducción— son ilegítimos social y legalmente. Esto tiene repercusiones muy fuertes sobre la familia indígena, muchas de ellas irreversibles. No es casual que a partir de 1585, el Tercer Concilio Mexicano reduzca una serie de limitaciones para los matrimonios entre los propios indios. Esta legislación entra en vigencia después de las dos grandes epidemias de peste por las que había desaparecido el 90% de la población indígena, que era la mano de obra. Es decir, la Iglesia también sirve para fomentar la reproducción de la clase trabajadora y establece toda una serie de juegos morales para permitirlos. Ahora bien, a través de la indisolubilidad de la monogamia se facilitaron el adulterio y el heretismo, formas que estaban muy reprimidas en la época prehispánica. Yo no hablo de las sociedades prehispánicas como algo mágico, maravilloso ni del increíble mundo que perdimos. No, ellas tenían también —como todas las sociedades— sus formas de represión y condiciones sociales para reproducirse. Pero en el momento en que se establece el matrimonio monogámico para la protección de la propiedad privada, y la Sagrada Familia y la Virgen María se imponen como modelos, la maternidad se desexualiza y el hijo viene a representar la sexualidad de la madre, y por lo tanto, también su vergüenza.

Torres Arias. Tú hablaste de un cuerpo legislativo y la maternidad tiene que ver con el cuerpo de la mujer. La mujer en la maternidad reproduce imaginariamente en el hijo al otro que la maltrata y la somete. La mujer es obligada a tener hijos por la religión, por la cultura.

De Barbieri. ¿Por quién se siente obligada a tenerlos?

Torres Arias. Insisto, por la propia condición femenina y también por la propia madre. La mujer se instituye como sujeto productor de deseo: es para el hombre objeto de deseo; necesita ser deseada por el hombre. Esto se vincula directamente con la sexualidad. En el inconsciente, esto es transmitido de madre a madre (o de madre a hija). Si una mujer es maltratada y rechazada —no es vista como satisfactor de un deseo—, no puede acceder a la maternidad o si lo hace es con conflicto porque está violando algo. Aquí entra el nivel de lo social, puesto que hay toda

una condición psíquica que surge de la internalización de pautas y estructuras sociales, con apoyo en lo biológico. Biológicamente la mujer es la reproductora de vida, pero también la reproductora de muerte. Si deja de amamantar, si deja de cuidar al bebé, quita la vida. El padre juega un papel secundario aunque también fundamental. En la sociedad falocrática el padre representa la ley, el orden y posibilita en un momento dado separar al hijo de la madre. ¿Qué le pasa a las mujeres abandonadas por el hombre? ¿A quién le dirigen el odio cuando maltratan al hijo? A quién las embarazó y a la propia madre que las hizo mujeres. Pero así como reducir el filicidio a situaciones económicas es muy simplista, reducirlo a una ecuación psíquica también es parcial.

De Barbieri. Tú dices “la mujer da la vida, pero también da la muerte”. Sería interesante que ahondaras en esto, porque el desarrollo tecnológico de las sociedades actuales da alternativas a la continuación de la vida del niño sin la madre; el amamantamiento puede ser sustituido, y los cuidados se los puede brindar un ser masculino tanto como uno femenino.

Torres Arias. El niño necesita un cuerpo materno; sea la madre real o una sustituta, pero necesita de un cuerpo donde él tenga resonancia afectiva y reconocimiento de sí mismo. No basta que le den vacunas y leche. Si el ser masculino es afectivo, cualitativamente es un afecto materno. En cambio, un padre o madre brutal causan el mismo daño al niño. Vale la pena insistir: la mujer tiene un cuerpo que reproduce vida; por eso para legislar a la mujer se necesita un cuerpo legislativo. Y como tiene un cuerpo que reproduce, es atrapada en la maternidad. Este es uno de los conflictos más agudos de la mujer; por la maternidad deja de ser hija. La separa de la madre y al mismo tiempo la enfrenta: “yo voy a ser como tú”. Y se entra en situaciones de mucha competencia y rivalidad con la madre. Pero a la vez es a la madre a la que se le dan los hijos, no al marido. Es la madre la que otorga el cuerpo femenino y la femineidad tanto biológica como psíquica. Si es una madre con un conflicto sexual o con un conflicto en su propia identidad, la niña no va a encontrar la identificación con el cuerpo femenino. Es la madre la que tiene que dar a la niña este derecho a su propia femineidad “reconociéndome como igual a ella”. Es un mito generalizado que el hombre hace a la mujer o que la mujer da los hijos al hombre. En la condición de mujeres de estratos muy desposeídos y de mujeres abandonadas por

el hombre ¿qué vemos en torno de la maternidad y la sexualidad? Que los hombres exigen a la mujer hijos para sustentarse como hombres; el hijo es el representante de su falo o de su masculinidad; el hombre le prohíbe a la mujer el control de la natalidad porque en ese momento no la posee; e incluso entran en fantasías de que se van a volver putas, de que se pueden ir con otros hombres y es "aquí estuve yo y me encarno yo en el hijo".

La mujer tiene un poder en sí mismo: producir algo donde antes no hubo nada. Produce un niño y por lo tanto un cuerpo. La maternidad es —contradictoriamente— un lugar de poder y de control de la mujer. Por eso ha tenido que ser tan sometida, tan controlada por las leyes que dictan los hombres.

De Barbieri. ¿Y qué pasa con este control en el caso de filicidio?

Torres Arias. En el hijo se reproduce la propia condición de hijo; y si se fue un niño maltratado, se va a ser un padre maltratador; si uno fue un niño abandonado, va a ser un padre abandonador, aunque desde luego no tan literal ni lineal. Regresemos a la pregunta anterior de por qué son las clases desposeídas las que más filicidios cometen: ¿cómo fue la infancia de estas mujeres? ¿cómo fue la relación con sus madres? Niñas sometidas, maltratadas, exigidas en labores domésticas y al cuidado de hermanos, obligadas a relaciones incestuosas. El hijo viene a representar para ellas todo esto. Se escucha a veces el discurso de que las madres prefieren matar a las hijas para que no sufran lo que ellas sufrieron.

Malvido. Cuando yo estaba embarazada y me preguntaban si quería hijo o hija siempre decía: "Ni madres, yo no quiero hija, ¡si nos va como en feria! ¡Yo quiero hombre!" Y bueno, tengo una hija.

Torres Arias. El primer vínculo madre-hija es capital para la estructuración psíquica del sujeto. La sociedad no consigue nada encarcelando, sin prestar la atención debida al problema de las mujeres filicidas. Si la niña fue maltratada, desposeída, exigida en su primer vínculo, internaliza la figura de una madre bruja, agresiva, persecutoria. A la vez, cuando ella accede al lugar de la madre, sigue internalizando a la madre terrorífica y desde ahí puede surgir el sadismo contra el hijo. Porque el hijo representa el que la puede devorar, limitar, chupar todo lo que ella tiene. Sobre todo porque la madre se tiene que hacer cargo del hijo. El hijo se instituye de entrada como el demandante y se convierte incons-

cientemente en el “asesino” de ella. La limita, la mutila. Pero a la vez genera culpa en la mujer. Por eso entre las filicidas predominan las madres solteras, las mujeres abandonadas. En cambio cuando la pareja parental está bien fundada, el filicidio es más difícil. Son vínculos muy ambivalentes, y esto se observa en todas las clases sociales.

De Barbieri. Tú dices: “si la madre no recibió afecto, va a reproducir el desamparo; si el padre no tuvo cariño, va a agredir”. ¿Esto es tan determinista, o hay posibilidades de mediatizar esa reproducción?

Malvido. ¿La conciencia del problema no ayuda?

Torres Arias. Sí, obviamente. Aquella persona que accede a un nivel superior de conocimiento y cultura es menos brutal, porque las pulsiones destructivas pueden tener otro canal, sublimarse. Pero la persona sustraída de cualquier conocimiento de su situación real de sujeto-sujetado ¿hacia dónde saca su odio? Lo expresa por lo general en la familia, y más frecuentemente en el hijo, porque es “su” propiedad.

La relación madre-hijo atraviesa lo que en psicoanálisis se llama narcisismo. “Mi hijo es parte mía, de mi propio cuerpo, que después yo expulso” y en algún nivel puede ser que la mujer nunca renuncie a que sea parte de ella. Y es este amor, odio o herida narcisista lo que se juega en el hijo. Esto explica al común de la madre mexicana poseedora-posesiva que nunca le permite al hijo separarse y sentirse diferente de ella.

De Barbieri. Habría que pensar también en la cantidad de demandas que tiene la familia en México, una enorme cantidad de funciones y tareas que debe cumplir —que en otras sociedades muchas (o algunas) de ellas las cumplen el Estado o la sociedad civil organizada. Y dentro de la familia es la mujer-madre sobre quienes recaen: la alimentación y el cuidado de los niños, el llevarlos y traerlos de la escuela, hacer las tareas escolares, llevarlos a todos los servicios que los niños demandan, etc., etc. Se está insistiendo en que el padre también debe ser afectuoso y jugar con los niños, pero éstas siguen siendo tareas secundarias de la paternidad, porque la proveedora material concreta y afectiva es la madre. Por otro lado está todo el aspecto valorativo que mide el éxito en la vida a través de las cosas que poseen, el estatus que se obtiene. ¿Cómo juega el hijo en este panorama?

Torres Arias. A veces el hijo representa un síntoma de una patología de la pareja y de la sociedad. Por eso es un mito pensar la maternidad como algo espiritual, sin sexualidad, que otorga madurez y serenidad. ¡No es cierto! Las mujeres muchas veces llegan a la maternidad más como síntoma que como deseo. Muchas veces se utiliza al hijo como un intento para atrapar al hombre. En la clase media citadina católica se utiliza el catolicismo para retener al hombre. Porque la mujer nunca se siente segura de tenerlo. De lo que está segura es de que tiene al hijo y eso alimenta su narcisismo y su poder. Muchas mujeres controlan al marido a través de los hijos, lo agreden a través de ellos. El hijo es el depositario del conflicto de los padres o es visto como solución a ella. En otro nivel social, en los tiraderos de basura de Santa Fe, el anhelo mayor de las mujeres es tener una familia estable, un marido y que además no sea alcohólico. Mientras más deterioro físico y mental hay, más prefieren las mujeres seguir a los hombres, emborracharse con ellos; y abandonan a los hijos en la basura con tal de no estar solas. Si la madre fue una hija con hambre, el hijo le va a representar su propia hambre, su propia carencia y no va a tolerar la demanda, porque el niño se vuelve voraz e insaciable y ella incapaz de satisfacerlo. Yo me pregunto el nivel de angustia, el estar ante una situación que ya no tiene salida a que tuvieron que llegar estas mujeres para cometer un filicidio real. Cuando se ha cometido un filicidio podemos pensar que el nacimiento de ese niño fue precedido por una relación en la que el odio tenía un rol tan complejo como esencial.

De Barbieri. Y del lado del varón ¿qué otros procesos están presentes?

Torres Arias. El hombre coloca a la esposa en el lugar de la madre que tiene que ser sólo para él. El tiene que "ser cuidado como por mamá". Que le den de comer, le recojan la ropa; que la mujer se calle si está enojado; que le calle a los hijos para no molestar a su papá; que sea "el niño predilecto". No es una pareja de dos adultos, el marido se le constituye como un hijo más. Entonces, el hijo que demanda tanto tiempo, le estorba. El único momento en que estas mujeres se pueden sentir miradas es en el acto sexual. Por eso están dispuestas siempre.

De Barbieri. "Mi marido me usa", "mi señor me usa" dicen. . .

Torres Arias. . . . pero pobre de mí si en algún momento me deja de usar. No soy nada, no valgo nada. Esto explicaría la situación social tan

cambiante, tiene que haber uso siempre, es imprescindible porque si no ¿quién eres? No eres nadie.

Malvido. Socialmente, una mujer sola no vale nada, en cualquier lado.

De Barbieri. Algunas interpretaciones que se han dado por ahí sostienen —en forma explícita o velada— que los casos de filicidio real serían una consecuencia nefasta del feminismo. El argumento dice que al querer liberarse de las ataduras que pesan sobre las mujeres, son un impedimento los hijos, molestan y por eso los matan.

Malvido. ¡La mujer no se fecunda sola! ¿Cuál es la responsabilidad del hombre en estas situaciones? ¿El niño molesta sólo a la mujer? ¿O le estorba al marido antes que a la mujer?, ¿o al hombre que la fecunda antes que a la mujer?

Torres Arias. Lo que dice Teresita es parte de un discurso masculino, porque si vemos al grupo de mujeres que aceptan su condición femenina, su acceso al placer es mayor en la sexualidad, en la relación social y de pareja, y en su maternidad. Obviamente hay un respeto por la propia condición femenina y del hijo como producto de esta condición. Si se profundiza en un diálogo con madres filicidas se aprecia que no se sienten mujeres. No acceden a una imagen querible y valorable de sí mismas. Son mujeres con una identidad fragmentada, rota, fisurada. La fisura de la identidad viene a la vez por una relación conflictiva con la propia madre y por la ausencia padre como figura de orden y ley. Y este no reconocimiento en un padre —el no sentirse hijas deseadas por la pareja parental— también anula la posibilidad de reconocer al hijo como algo positivo, como su deseo.

De Barbieri. Pero ¿es tan fundamental esta figura paterna como figura de orden?

Torres Arias. En todo grupo humano hay leyes explícitas o implícitas que lo regulan. En la sociedad actual esas leyes las dicta la ley del padre simbólico. Al padre le corresponde, por su atribución fálica, representar y hacer cumplir la ley de la prohibición del incesto. Su función con respecto al hijo es simbólica.

De Barbieri. Pero uno de los cuestionamientos del feminismo es justamente criticar ese orden.

Torres Arias. Desde el psicoanálisis se sostiene que nos constituimos en sujetos psíquicos a partir de este orden social por el lenguaje. El padre real está a su vez sometido a una ley que lo somete y lo trasciende; es necesario que el hombre asuma su función paterna, que procede de la determinación de un lugar en la ordenación edípica. Lugar del tercero que viene a separar al hijo de la madre, e introduce al hijo al orden simbólico y le da acceso a los goces pacíficos.

Malvido. Yo creo que así como puede haber padres que se hacen responsables de sus hijos, también puede haber intercambio de papeles, que la ley la dicten el hombre y la mujer, viendo los papeles de los dos desde el punto de vista biológico. No creo que sea tan desintegrante.

Torres Arias. Creo que sí, porque hay dos sexos en la naturaleza y biológicamente la mujer tiene los órganos necesarios para producir un niño. Una madre que no respete a un hombre, al que mire con deseo, esta niña-mujer no se puede reconocer tampoco mirada por este padre como deseada. La femineidad consiste en que la mujer está condicionada de entrada para ser deseo y la posibilidad de tener el deseo de un deseo, que es el deseo de ser mirada por el hombre, lo da la madre como deseante del padre y deseosa del hijo devenido de este deseo. Si la madre reconoce al padre como su objeto de deseo y como aquel que instaura el orden y la ley, la hija tiene menos conflicto como mujer. Porque no se pueden anular las diferencias y la niña necesita instaurarse en una diferencia con el hombre.

Podemos pensar que el filicidio se da en mujeres que tienen una relación dual pero rota con la madre y una ausencia de padre, simbólica o real. Simbólica si la madre no mira al padre, si no lo incluye, o si no lo toma en cuenta; real cuando son abandonadas, padre muerto.

Malvido. Pero lo que pasa es que esto no sólo ocurre en las familias marginadas; se da en toda la sociedad, cruza todas las clases, aunque sea más claro en las familias constituidas alrededor de la mujer.

De Barbieri. El feminismo tiene ya unos cuantos años en México. ¿Hay cambios en la estructura psíquica de las mujeres que han dado un salto ideológico o que son hijas de madres que han mantenido una relación de pareja más igualitaria?

Torres Arias. Algo que me parece importante elaborar es la culpa que sienten algunas mujeres por el abandono del hijo o el marido. Ante el

papel impuesto a la mujer, es decir, la obligación de hacerse cargo del hogar, se descolocan, no sin conflicto.

De Barbieri. Y el principio ordenador ¿cómo aparece?

Torres Arias. ¡Cómo desaparece más bien! Porque estas mujeres son etiquetadas socialmente y miradas como fálicas y entran en culpa al luchar con su propio narcisismo: "¿estoy completa yo?, ¿puedo estar sin el hombre?" La solución es que el hombre y la mujer acepten que son complemento, que ninguno de los dos está completo.

Malvido . . . y también de que hay otras formas distintas de mantener la relación. No es el matrimonio monogámico establecido legalmente la única forma de relacionarse socialmente. Como eso es lo que nos enseñan no sabemos más que reproducirlo y hay otras maneras de establecer la pareja además de esa.

Torres Arias. ¡La culpa de la mujer porque abandona al hijo para salirse a trabajar se da entre feministas, militantes políticas y mujeres con otras situaciones sociales! Porque son patrones que hemos introyectado por síglos y son unas cuantas las que están dando la batalla. Con el resultado de que no se convierten en hombres, no se mata a los hijos, no se castra a los hombres. Hay mujeres que logran establecer vínculos menos conflictivos, tanto con su propia pareja como con los hijos, donde el cemento que los une no es el odio, ni la rivalidad, relaciones menos narcisistas, fundadas, por el contrario, en la cooperación, el respeto y la complementariedad.

De Barbieri. ¿Es posible, en las condiciones actuales, prevenir el filicidio? ¿Qué se debería hacer?

Torres Arias. Trabajar con grupos de mujeres. . .

Malvido. ¿Y por qué no de hombres? Creo que eso es parte de nuestra propia deformación: las feministas, las mujeres. . . Es nuestro problema porque lo vivimos más agudamente, pero no es sólo nuestro. Un hombre fecunda a múltiples mujeres, aunque tenga una familia estable. Entonces al que hay que educar es a él, hay que empezar por él.

Torres Arias. O grupos mixtos, de parejas. Partiendo de la práctica, en el trabajo con grupos de mujeres en el cuestionamiento de su calidad de vida cotidiana, de su femineidad, de su relación materno-infantil,

los hombres lo prohibieron diciéndoles: “te dejo, ¿eh?”... o “ustedes quieren que nos divorciem os”.

De Barbieri. ¿El aborto es una solución?

Malvido. Yo estaría de acuerdo en que se despenalizara para que sean madres sólo las que quieran serlo. Aun así habría toda la conflictiva social de la que estamos hablando. Entre que mantengo al hombre y tengo otro hijo, me echo el otro hijo aunque no lo quiera.

Torres Arias. La familia es el receptáculo de la frustración social: impone un tipo de sexualidad y de vida. El maltrato en nuestra sociedad y sobre todo en la clase baja lo recibe el niño en su casa; lo recibe en la primaria, porque los maestros lo desprecian e insultan. Las instituciones maltratan a través de la relación patrón-obrero o en la burocracia en la relación jefe-subordinado. Hay maltrato permanente. Es la familia el lugar donde el sujeto estalla. ¿De dónde la sorpresa de que en un momento dado se llegue a cometer un crimen? ¿En qué medida el cuerpo social puede ayudar a esto, si de todos lados hay control y sustracción de sí mismo? ¿Cuál es la solución? Una politización, una conscientización política, porque estos problemas son también políticos, y mientras se acuse *per se* a la mujer filicida como homicida y se le encarcele —aunque el compañero haya colaborado como cómplice— no vamos a acabar con este problema nunca. ¿Puede el Estado hacerse cargo de estos hijos de padres alcohólicos, de padres desempleados, de madres maltratadas? ¿Qué hace el Estado ante esto? Nada. Pero si tú estallas ahí, toda esta frustración y miseria humana a todos los niveles, se te castiga.

Malvido. Ahí te digo, la Iglesia fue mucho más inteligente. La caridad cristiana mitigaba ciertas situaciones.

Torres Arias. Esta culpa y esta frustración se juega en todos los niveles sociales. Al filicidio también lo podemos entender como un acto que habla de algo y de muchas mujeres, no de una. Y se sigue aislando el fenómeno. Así como al enfermo mental se le mete al manicomio, a la mujer filicida se la mete en la cárcel; porque hay que tapar el hecho de que es una denuncia social, de una problemática macro y no individual.

Malvido. Habría que saber quiénes son los denunciantes.

Torres Arias. Los varones, o la suegra o la madre... muy interesante, se les puede preguntar a Aída y a Silvia. Porque cómo nos horroriza el tema.